

CAPÍTULO XXVIII

PAPAS POSTERIORES AL CONCILIO DE TRENTO.

Pio V.—La reforma católica, después del concilio de Trento, se manifestó en los pontífices, aunque es cierto que se vieron gran número de ellos entregarse á intereses y sentimientos mundanos. Miguel Ghislieri, de Alejandria, hombre de una religion severa, de una vida muy pura, caminaba siempre á pié. Libertó, como prior, á varios conventos de las deudas que pesaban sobre ellos; inquisidor en Bér-gamo y en Como, desplegó allí un estremado rigor, á pesar de las injurias y de las amenazas. Promovido al cardenalato, no cambió de modo de obrar aun cuando fué elegido papa con el nombre de Pio V (1566). Diciendo: «Que los que quieran gobernar á los demás comiencen por gobernarse á sí mismo,» restringió los gastos, y se impuso á sí mismo un régimen enteramente monacal. No experimentaba satisfaccion sino en el estrecho cumplimiento de sus deberes, en la meditacion y en la adoracion ferviente, de la que se levantaba con las lágrimas en los ojos (1). Semejante perfeccion produce por lo comun la confianza en su propia voluntad, y la tenacidad en domeñar la ajena. En efecto, Pio V imponía una disciplina tan rigurosa como si aun se hubiese estado en los primeros tiempos del cristianismo. Arrojó fuera de Roma á las prostitutas y reprimió el lujo en los trajes; abolió la órden de los frailes humillados; publicó un misal y un breviario nuevos; prohibió poner en feudo las tierras de la Iglesia, por cualquier motivo que fuere; se mostró económico con respecto á las dispensas y á las indulgencias; no permitió á los curas la facultad de ausentarse de las parroquias; restableció la regla en los conventos; aumentó la clausura de las religiosas; y secundado por el celo de algunos obispos, mejoró considera-

(1) DE FALLOUX.—*Historia de Pio V.* Paris, 1844, 2 t.

blemente la iglesia de Italia. Faltaron pretextos á la Reforma desde que el concilio, al cual habia apelado continuamente, pronunció su decision, y ya no era una reclamacion, sino una revolucion. Convencidos los príncipes de que los cambios políticos seguirian al cambio de religion, se unieron entonces á Roma, fortificóse en todas partes el poder de la inquisicion, y los autos de fe se multiplicaron en España. Entregado al papa Carnesecchi por Cosme de Médicis, pereció en la hoguera, é igual suerte le cupó á Guido Zanetti, á quien Venecia entregó en su poder.

La ardiente piedad de Pio V no le impedia ser perseguidor, como su siglo. Escitaba á los que combatian á los hugonotes, y les mandaba de Italia tropas y dineros (2). Envió al duque de Alba el capelo bendito. Animado del deseo de ver avasallada á la Inglaterra, no sólo habia prometido á los vencedores dividirles todos los bienes de la Iglesia, sin esceptuar las cruces y cálices, sino tambien ir á dirigir él mismo la guerra. Errores deplorables, pero de su siglo y del puesto que ocupaba. Se veia ante una serie de papas á quienes el voto popular habia hecho cabezas de la cristiandad; al paso que los innovadores de ayer querian hoy des-

(2) Decia á Carlos IX, en el breve que acompañaba á aquellos socorros: «Rogamos al Dios de los ejércitos dar á V. M. una victoria completa sobre todos sus enemigos... esperando que si concede este favor á V. M., usará de él gloriosamente para vengar, no sólo sus injurias, sino los intereses divinos, y castigar severamente los horribles atentados, los sacrilegios abominables cometidos por los hugonotes, manifestándose de esta manera justo ejecutor de los decretos de Dios.» El conde Esforcia de Santa Fiora mandaba aquel ejército italiano, y las veinte y siete banderas que arrancó á los herejes se colgaron con gran pompa en la basílica de Letran en 1570.

truir la grande unidad católica. Aquellos papas habian salvado la civilizacion, dirigiendo todos los cristianos contra el islamismo; ahora los turcos amenazaban de nuevo, y en tanto los reinos cristianos se destrozaban unos á otros. Pio V obraba como un general en campaña, donde es indispensable el rigor para obtener la victoria. El principal de sus pensamientos era evitar la nueva irrupcion de los turcos, y en un siglo de tantas discordias pudo armar un ejército cristiano y conseguir en Lepanto la última victoria que la cristiandad unida obtuvo sobre la media luna.

Por esto fué Pio perseguidor, pues como hombre inaccesible á las pasiones humanas, en cualquiera parte que encontraba la idea del deber, no guardaba consideracion alguna, de modo que los cardenales se veian obligados muchas veces á recordarle que no tenia que habérselas con ángeles. Pretendia mantener en toda su fuerza la bula *In cæna Domini*, y negar á los príncipes el derecho de imponer nuevas cargas á sus súbditos; ahora bien, como ni los tiempos ni los soberanos admitian ya aquellas pretensiones, se atrajo con esto serias contradicciones. El mismo Felipe II, que rechazaba aquella bula y sostenia que le era preciso el *exequatur real*, llegó á escribirle no se pudiese voluntariamente en riesgo de ver hasta donde puede llegar un poderoso rey. En el momento en que sintió acercarse el fin de su vida, Pio V visitó las siete iglesias, y besó las santas gradas *para despedirse de aquellos lugares sagrados*. La sinceridad de su devocion hizo que á pesar de su intratable aspereza, fuese durante su vida amado del pueblo, que le veneró después como á un santo. Fué el último pontífice canonizado.

Gregorio XIII.—Hugo Buoncompagni, de Bolognia, promovido al pontificado con el nombre de Gregorio XIII (1572), se manifestó, por el contrario, conciliador y clemente, hasta con detrimento de la justicia. El sentimiento de moralidad que se habia introducido en la corte de Roma le hizo reprimir sus inclinaciones mundanas; y si apenas pudo favorecer á un hijo que tenia, no hizo nada por sus sobrinos. Exacto por lo demás en el cumplimiento de los deberes de jefe de los fieles, se dedicó á elevar á los más merecedores á las sillas episcopales, y á estender la instruccion. Fundó más de veinte colegios, entre otros el de todas las naciones, en cuya apertura se pronunciaron discursos en veinte y cinco lenguas. Reformó el Colegio germánico, plantel de celosos atletas; otro para los griegos que eran educados en él á manera de su patria, con su lengua y sus ritos; otro más para los maronitas y para los ingleses. Revisó el decreto de Graciano, y reformó el calendario que inmortalizó su pontificado.

Reforma del calendario.—Hemos hecho notar en su lugar que Julio César, para reformar el calendario que seguian entonces los romanos, habia fijado el equinoccio de primavera el veinte y cinco de marzo, y dado al año una duracion de tres-

cientos sesenta y cinco dias y seis horas. Siendo la diferencia de su duracion real de once minutos y doce segundos, resultaba que el equinoccio se adelantaba un dia cada ciento veinte y nueve años. La Iglesia, que tuvo que fijar su atencion sobre este punto por razon del dia de Pascua, que debia caer en el plenilunio después del equinoccio de primavera, encontró que en 325, después del concilio de Nicea, esta solemnidad se habia celebrado el veinte y tres de marzo, sin que aquellos Padres hubiesen podido indicar el motivo. En 1257 la alteracion era de once dias, y ya se habia hablado entonces de una reforma que, intentada varias veces, no se habia verificado nunca. Se habia tratado de ella en todos los concilios y aún más en el de Trento. En fin, habiendo Gregorio XIII reunido en Roma á los personajes más instruidos en esta clase de estudios, entre otros al dominico Ignacio Danti, de Perusa, y al jesuita Clavio, de Bamberg, recibió diferentes proposiciones de reforma; pero la verdadera fórmula la encontró Luis Lilio, médico calabrés, y la completó su hermano Antonio. El papa envió una copia de ella á todos los príncipes, repúblicas y academias. Con su aprobacion promulgó en 1582 el nuevo calendario, en el que suprimia diez dias entre el cinco y el quince de octubre. El año se fijó en trescientos sesenta y cinco dias, cinco horas y cuarenta y nueve minutos, y se determinó que cada cuatro años hubiese uno bisiesto; correccion tan cercana á la verdad, (365 d. 48'45") que serán precisos cuatro mil doscientos treinta y ocho años para componer un dia con los minutos que esceden del número verdadero.

Es cierto que entonces se pudo comenzar el año con el solsticio, hacer corresponder todos los meses á la entrada del sol en los diferentes signos del zodiaco, y dar treinta y un dias á los meses que hay entre el equinoccio de la primavera y el de otoño, treinta á los demás meses, haciendo el mes de diciembre más corto. Estos motivos, y aun más la antipatia á todo lo procedente de Roma, fué causa de que hubiese lentitud en adoptarla. Los protestantes de Alemania no se determinaron á ello hasta 1699; la Holanda, la Dinamarca, la Suiza, en 1700; la Inglaterra, en 1752; la Suecia, el año siguiente. Aun no está admitida por los rusos y griegos, que en su consecuencia están atrasados trece dias (3).

Gregorio XIII se esforzó en sostener la liga formada contra los turcos: proporcionó socorros de dinero al emperador y á los caballeros de Malta, se declaró por la independencia de Irlanda, y se regocijó con la noticia de la matanza de San Bartolomé. Ya no era con los tributos de la cristiandad con los que se atendia á los gastos de las empresas pontificias, sino con el tesoro del Estado: sin embargo, como no queria procurarse dinero con nuevos impuestos ni con concesiones espiri-

(3) Véase la Cronologia, § 24.

tuales, aquel pontífice pensó en suprimir ciertos privilegios concedidos á los extranjeros y diferentes abusos esplotados por la nobleza, como también fortificar la autoridad soberana, haciendo revindicar por la cámara apostólica varios castillos que habían caducado ó que estaban retrasados en el pago, y rescatando los que habían sido vendidos ó hipotecados, pero disminuyó el comercio aumentando los derechos de aduana en Ancona. Estas medidas produjeron descontento y una resistencia abierta. Viéronse renacer las antiguas facciones de los güelfos y gibelinos; los asesinatos, los fratricidas se multiplicaron, y se formaron bandas de ladrones que, teniendo á su cabeza los Piccolomini y Malatesta, ejercieron terribles venganzas y muchas asolaciones.

A los Estados vecinos, con quienes Gregorio XIII se había indispuerto por su tenacidad por defender los derechos pontificios, no les desagradó verle comprometido en turbulencias interiores; daban, pues, asilo á los bandidos, cuando los veían muy apurados. Como la fuerza no producía más resultado que las excomuniones, fué preciso renunciar á las confiscaciones, y dar la absolución. Alfonso Piccolomini ocupó Monte Abboddo, é hizo dar muerte á sus enemigos, mientras que sus bandidos ejecutaban danzas salvajes. Recorriendo cual amo la campiña de Roma, envió á decir á los habitantes de Corneto hiciesen pronto la recolección, en atención á que debía ir á quemar la de Latino Orsino; habiendo cogido un correo le robó las cartas de que era portador, sin tocarle el dinero. En la imposibilidad de vencerle, el papa concluyó por permitirle ir á Roma á pedir su perdón; acudió allí, se alojó en el palacio de los Médicis, y presentó para obtener la absolución pontificia, una lista tan larga de asesinatos que el papa tembló de horror; pero su emoción fué más viva cuando oyó que se le dijo que era preciso absolver á Piccolomini, ó aguardar ver asesinado á su hijo.

Sixto Quinto.—Sixto Quinto (Felix Perretti) se manifestó capaz de reprimir tantos desórdenes (1585). Cuando, siendo aun joven cuidaba de los cerdos de un labrador, un religioso franciscano, tío suyo, le llevó á su lado para educarle y le hizo fraile. Habiendo ascendido paso á paso y reuniéndose á los que procuraban volver á dar esplendor á la Iglesia, llegó al papado sin encontrarse gobernado por parientes. Empleó su gran talento, su imperioso y violento carácter en devolver al papado, que había perdido en poder tanto como había ganado en respeto, su influencia pasada y hasta su brillo exterior (4).

Sixto Quinto licenció una gran parte de las tropas y de los agentes de policía; pero quería que los decretos del pontífice se ejecutasen sin consideración á nada, de modo, que se conociese que

(4) Su vida, escrita por Gregorio Leti, es una verdadera novela.

reinaba Sixto. Era preciso, para obtener este resultado, vencer dos grandes obstáculos, la penuria del tesoro y la audacia de los bandidos. El mismo día de su coronación, los que acudían á la fiesta del Vaticano por el puente de San Angel, vieron á cuatro jóvenes ahorcados de las almenas del castillo, por haber sido cogidos con armas cortas. Hizo después formar una lista de todos los vagabundos y ociosos espadachines, y renovó los bandos que ofrecían un precio por la cabeza de los ladrones, mandando además que la recompensa no la pagaría la cámara apostólica, sino los parientes ó el concejo del contumaz, con obligación para éste ó para el señor, en cuyas tierras se verificase el robo de soportar la reparación. Fué secundado por Felipe II, cuyas fronteras les ofrecían habitualmente un refugio; y la impunidad prometida á los que entregasen á uno de sus camaradas muerto ó vivo, esparció el terror entre los que se hacían temer antes. Por la cabeza del padre Guercino, que se hacía llamar Rey de los campos, se ofrecieron y pagaron 2,000 escudos, y fué espuesta coronada en el puente de Sant Angelo Un tal Della Fara hizo salir una vez á los guardias de la puerta Salara, los apaleó, y les encargó que ofreciesen sus respetos al papa. Pero Sixto Quinto dió orden á sus parientes de que le entregaran sopena de ser todos ahorcados; y como se vió que hablaba seriamente, fué obedecido. El duque Urbino envió á treinta refugiados que habían buscado un asilo en sus tierras, bestias cargadas de víveres envenenados. El conde Juan de Pépoli fué estrangulado en su prisión, y á varias mujeres y madres de bandidos se les mandó al suplicio por haberles procurado un asilo. Habiendo dicho á Sixto Quinto que un transtiverino parecía demasiado joven para ser ejecutado: «Pues bien, dijo, que le añadan algunos de mis años.» Con este orgullo oriental, que según el dicho vulgar *no hubiera perdonado al mismo Jesucristo*, consiguió en menos de un año devolver la tranquilidad al país; pero mas tarde volvió á renacer el vigor de los ladrones, y hasta nuestros días han infestado las montañas que se estienden desde Aquila á Terracina, entre el Tíber y el Garrellano (5).

No es, pues, sorprendente que la memoria de Sixto Quinto haya permanecido popular como

(5) En 1557, una notificación del comisario de Paulo IV, puso fuera de la ley como ladrones á los habitantes de Monte Fortino, y mandó, además de su destierro, la destrucción de la aldea y la confiscación del territorio, lo que se ejecutó sembrando de sal las ruinas. El 18 de julio de 1819, el cardenal Conzatti usaba del mismo rigor con Sonnino, que también fué destruido. Hemos visto todos los rigores del papa Sixto Quinto renovarse en nuestros días, y no ha sido preciso menos para dar alguna seguridad á los viajeros; pero valdría más mejorar el gobierno y estender la instrucción por los campos, que perseguir á los habitantes los carabineros. Las buenas instituciones evitan trabajo á los carceleros y al verdugo.

acontece con los grandes caracteres, ni que se le hayan atribuido instituciones y medidas muy anteriores á su pontificado. Inexorable en las faltas individuales y en la violación de las leyes, se mostraba indulgente en los actos generales y benévolo con quien obedecía. Concedió á la hermandad piadosa establecida en tiempo de Gregorio XIII para socorro de los presos, el derecho de elegir un visitador de las prisiones, con poder de libertar cada primer lunes de cuaresma á un condenado, aun cuando lo fuera á la pena capital. Hizo que los reyes transigiesen sobre sus pretensiones, y le fueron tan afectos como hostiles á su predecesor. Concilióse la voluntad de los señores del país, concedió grandes privilegios á las ciudades de la Romaña, devolvió á Ancona varios de sus antiguos derechos, y estableció un arzobispado en Fermo, un obispado en Tolentino y otro en Montalto, su país natal. Loreto fué hecha por él ciudad; mejoró la administración de las demás, favoreció la agricultura, y se ocupó en secar los pantanos Pontinos y los de Orvieto; 200,000 escudos se gastaron en abrir á través de los primeros, el gran canal que conserva su nombre. Hizo plantar con amenaza de castigo si no lo verificaban, moreras en todas partes; estableció graneros, y favoreció las fábricas de seda y lana. Fijó en setenta y dos el número de los cardenales (6), y á sus siete congregaciones del índice, la inquisición, la supresión é interpretación del concilio, los obispos, las órdenes regulares, la signatura y la consulta, añadió otras ocho, una para la fundación de nuevos obispados, otra para los ritos; y las restantes, para atender á las cosas temporales, á saber: la provisión de víveres, la conservación de los caminos, la abolición de los impuestos, las construcciones militares, la imprenta del Vaticano y la universidad de Roma. Hizo construir diez galeras, y destinó 78,000 escudos á la marina.

Si es cierto que se alababa cada momento de su economía, no le faltaba razón. Encontró agotado el tesoro y en un año tuvo un escedente de 1,000,000 de escudos de oro; lo mismo sucedió en los años siguientes. Apenas se reunía 1,000,000 cuando lo hacía depositar en el castillo de Sant-Angelo, consagrándolo á la Santísima Virgen y á los Apóstoles, como los padres del Antiguo Testamento conservaban sus tesoros en el templo, para no echar mano de ellos más que en circunstancias apuradas (7); economía errada, pero perdonable en una época en la que aún no se sabía que el dinero no tiene valor sino en tanto que se pone en

(6) Siete cardenales obispos, suburbicarios, es decir, de Velletri, Porto Santa Rufina, Civitavecchia, Frascati, Albano, Palestrina y Sabina; cincuenta cardenales sacerdotes y los demás diáconos.

(7) En el mes de marzo de 1793 Cacault escribía á la Convención nacional, que aun existía en el castillo de Sant Angelo un millón de escudos del tesoro de Sixto Quinto.

circulación. Sixto Quinto disminuyó los gastos y los empleos de la corte. Como encontró establecida la costumbre de vender los destinos, les subió de precio, é introdujo otros más. Aumentó los montes, *vatabili*; estableció impuestos sobre todos los empleos y víveres más indispensables, y llegó hasta alterar las monedas. De seguro es una concepción extraña gravar al país y contratar empréstitos, para conservar fondos improductivos. Fué, sin embargo, admirado, por que se admira siempre á la fuerza que consigue su objeto; y él llegó por estos medios á devolver á la tiranía una parte de su eclipsado esplendor.

Causan admiración sus proyectos grandiosos y fantásticos, á la par de tanta parsimonia y un modo de pensar tan positivo. Concibió la esperanza de destruir el imperio otomano, y negoció para esto con la Persia, los drusos y algunos jefes árabes. Hizo armar galeras, á las cuales la España y la Francia debían unir otras, al mismo tiempo que Estéban Batori saldria de la Polonia para romper la primera lanza. Cuando vió desvanecerse este proyecto, pensó en conquistar el Egipto, con intención de reunir el mar Rojo al Mediterráneo, con objeto de volver el comercio á su antiguo camino; y hasta que llegase el momento de recobrar la Tierra Santa, se proponía robar el Santo Sepulcro para erigirle en Montalto, cerca de la Santa Casa de Loreto. Dícese también que entabló negociaciones con Enrique III, con objeto de hacerle adoptar á uno de sus sobrinos por heredero. ¡Tan persuadido estaba de que toda la cristiandad debía entrar en sus proyectos!

Es lo cierto que el pontificado se reponía después de tantas pérdidas, y no sacaba ya sus fuerzas de los tributos exteriores, sino del patrimonio romano. No podía aspirar á dominar en Italia, desde el momento en que los extranjeros se habían establecido allí; pero en cambio, el territorio no podía ser ya enajenado á sobrinos, y esto era el apoyo de la influencia espiritual. Los Estados de la Iglesia estaban florecientes y eran fecundos; proveían á Venecia, Génova y Nápoles. Ahora bien, se valía que en 1589 se esportaron por valor de 500,000 escudos de trigo, además del lino de Faenza, los cáñamos de Perugia y Viterbo, que proporcionaba también lino, vinos de Cesena, Montefiascone y Orvieto, aceite de Rimini, maná de San Lorenzo, pastel de Bolonia, caballos de Campania, caza de Terracina, pescados, salinas, mármoles otras producciones alabadas por los embajadores y por los viajeros (8). Ancona reanimó su comercio con los griegos y los turcos; algunas casas tenían negocios por valor de 500,000 ducados al año, y llegaban caravanas de todos los países. Los romanos conservaban su reputación de valientes: los mejores soldados se reclutaban entre ellos, y des-

(8) Véase el *Viaje* de Montaigne y las *Relazioni d'ambasciatori*.